

una Madre en la que la gracia aventaja á la naturaleza! No es posible, vuelve entonces hácia tus hijos tus ojos de piedad y de misericordia; mira cual estamos, lo que hemos sido, lo que nos amenaza: óyenos, escucha nuestros ruegos, salva á tu pueblo, bendice tu heredad.

Pontífice venerable, vos sois el ángel de nuestra Iglesia; llevad, pues, los votos de vuestra grey ante el trono de la Reina que promete dar la vida á los que hallen su proteccion: sois el vicario del apóstol de nuestra salud, el representante de nuestro medianero para con el Padre; subid, pues, al *Sancta Sanctorum* y presentad nuestras aficciones al que dijo: *Venid á mí todos los que esteis en premura y en trabajos, y yo os aliviaré.* Y despues que hayais aplacado al cielo con el sacrificio de la Víctima Santa, la voz de nuestro ministerio sagrado nos consuele, diciéndonos: *Alégrate, celebra á Jehová, oh pueblo de Sion, porque está aun en medio de tí, el grande, el Santo de Israel!*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN SU INSIGNE COLEGIATA
EL 17 DE ABRIL DE 1887, EN LA SOLEMNE FUNCION QUE ANUALMENTE
CELEBRA LA ARQUIDIOCESIS DE GUADALAJARA

POR EL

PBRO. D. FLORENCIO PARGA

Chantre de la Santa Iglesia Catedral de Guadalupe.

A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris.

Por el Señor ha sido hecho esto y es admirable á nuestros ojos.

Ps. 117, v. 23.

Jamás he sentido tan vivas y tan encontradas emociones, como en estos momentos supremos. Mi pecho rebosa de júbilo inmenso, junto con no sé qué nube de tristeza que hay en mi espíritu; de satisfaccion inesfable, mezclada con cierto embarazo é insuperable temor. Y sin embargo, si bien se mira, la explicacion de este estado extraordinario y hasta cierto punto contradictorio de mi espíritu y mi corazón, es muy sencillo, y sin duda no se os oculta, hermanos míos. Dios me ha concedido, á mí,

el mayor de los pecadores y el último de los sacerdotes, un favor que nunca me habría atrevido á pedir, que ni siquiera había yo podido imaginarme: el de ocupar alguna vez esta Cátedra sagrada y poder dirigir desde ella mis pobres alabanzas, mis expresiones de amor, de gratitud y de profundísima veneracion, á mi Madre y mi Reina, la Virgen María de Guadalupe.

¿Quién soy yo, oh Dios bueno, para que Vos, sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja del árbol, dispusierais que mi Ilustrísimo Prelado, y el Venerable Cabildo de Guadalajara, me dispensaran la altísima y en absoluto inmerecida honra de enviarme aquí, á este lugar *elegido* y *santificado* por la Reina de los Cielos, para que en nombre de aquella ilustre Corporacion y de todos los fieles mis hermanos de nuestra vasta Arquidiócesis, rinda ante todo, pleito-homenaje á la Soberana Emperatriz de México y Reina del Universo; le dé cuenta del infinito amor que allá le profesamos, y de ahí le exponga nuestras más graves necesidades, con la esperanza, la seguridad que tenemos de que Ella, la Virgen poderosa, misericordiosa y clemente, como la llama la Iglesia; Ella, *la Madre de la Santa Esperanza*, según la Santa Escritura, las remediará indefectiblemente, pues puede y quiere hacerlo, porque es la Madre de Dios, y somos y nos gloriamos de ser sus esclavos, al par que sus hijos?

Y bien, una mision como la mia, en esta ocasion solemne, mision que tengo que desempeñar ante aquella á quien de hinojos sirven y aclaman los ángeles del cielo; ante aquella á quien, aunque en imágen aquí en la tierra, yo me juzgaria muy dichoso en contemplar toda mi vida, desde el vestibulo de esta basílica, porque es su verdadera imágen, obra de sus propias manos, milagrosamente estampada en ese lienzo bendito, solo aquí es dado verla. Una comision de esta naturaleza, ¿no es, señores, más que suficiente para abrumar, por una parte, mi débil inteligencia, hacerme temblar y entristecer por mi falta de luces, y por otra, para hacer tambien que mi co-

razon palpite réciamente, henchido de regocijo y de satisfaccion inmensa?..... ¡Oh, sí, sin duda alguna!

Dicho se está, hermanos míos, el asunto que va á ocuparme en estos felices instantes, indicado el objeto grandioso que de mi lejana diócesis me ha traído á esta tierra bendita, llena de divinas armonias, alumbrada perennemente con los resplandores que, de ese cuadro celestial, mira brotar á raudales mi ardiente fe de peregrino.

Precisaré aún más ese asunto, si os place, para mayor claridad. No puede ser más sencillo: hélo aquí. Dios salvador y misericordioso, es quien ha hecho germinar y arraigarse en la conciencia pública la conviccion de que en María de Guadalupe, y sólo en ella, está vinculada la esperanza de remedio para nuestras más ingentes necesidades sociales, supuesto que creemos, y deben creer todos, porque así lo persuade la recta razon, en su aparicion maravillosa en estas colinas, para protegernos como á ninguna otra nacion. *A domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris*. Por el Señor ha sido hecho esto, y es admirable á nuestros ojos.

DIGNARE ME LAUDARE TE, VIRGO SACRATA.

Permite ya, ¡oh Virgen sacratísima! que mi torpe lábio prorumpa en tus alabanzas y cante tus glorias y te refiera nuestras penas. Torpe, sí, es mi labio; pero tú misma puedes alcanzarme la gracia divina que lo toque y lo purifique, como la que purificó los lábios de Isaías al tocarlos un ángel con carbones encendidos. Sea así, por tu poderosa intencion.—*AVE MARIA*.

A Domino factum est, etc.

¡Cómo llama la atención de todo hombre pensador ese movimiento religioso y social, nunca tan acentuado como hoy, de todo México, en torno de su reina, María de Guadalupe! Se está cumpliendo una vez más á la letra este oráculo de la Santa Escritura: "Levanta tus ojos al derredor y mira: todos estos se han congregado, vinieron á tí; tus hijos vendrán de lejos y tus hijos de todas partes se levantarán (1)." Es preciso que una grande idea, una idea salvadora, haya germinado, unisona y espontánea, en todos los espíritus, que un mismo sentimiento abraza con llama inextinguible todos los corazones. Y cuando esto sucede en toda una sociedad, en toda una nación, esa idea, ese sentimiento, deben ser y son una especial y expresa inspiración de Dios. Y entonces es lícito decir con toda verdad, con la fe de los antiguos cruzados: "Adelante, adelante, Dios lo quiere." *Por el Señor ha sido hecho esto y es admirable á nuestros ojos.*

Los hombres, por hábiles y elocuentes que sean, podrán arrastrar en pos de sí ó de un objeto dado, con su fascinadora palabra, y sobre todo, con sus halagadoras promesas, casi siempre mentidas, un grupo popular, más ó menos numeroso, que en todo caso á poco se disuelve y abandona con el mayor desprecio al mentiroso tribuno. Dios solamente es quien, apiadado de las desgracias de las naciones, sabe y suele en su misericordia infinita, moverlos duramente sin resistencia, sin sacudimientos desastrosos, con la facilidad que una madre á su pequeñuelo, y encaminarlas hácia donde está su felicidad, su salvación, su grandeza y su gloria.

Llámesese ese movimiento si se quiere, instinto de conservación, tan natural en el individuo como en la sociedad. Enhorabuena; pero como ese instinto Dios lo ha im-

(1) *Isaías*, lib. X, v. 1.

preso en nuestro sér, Dios mismo es quien lo despierta y lo impulsa por una gracia extraordinaria, cuando ese instinto se adormece, se enerva y casi se extingue, como sucede en una nación trabajada como la nuestra, por malhadadas discordias, y por tremendas desdichas cansada y doliente. Entonces es cuando en lo más íntimo de su alma, suelen oír los pueblos estas palabras de Jesucristo, dichas en otro tiempo á un paralítico: "Levántate y anda." *Surge et ambula.*

En obediencia de esta omnipotente palabra, el pueblo católico mexicano, hoy día se levanta y marcha, como el antiguo pueblo de Dios. ¿Hacia dónde? Hacia una tierra más hermosa que la tierra prometida; peregrina hacia un santuario más rico que el templo de Salomón, porque en esa tierra y ese santuario mora la Virgen de Guadalupe, la Reina del cielo, que protege y ama á México, como á ninguna otra nación.

Así, pues, ya que no soy en el mundo católico más que un átomo, he tenido que seguir ese poderoso movimiento religioso: he hecho la voluntad de Dios, lo mismo que todos mis hermanos católicos que llegan aquí día á día, de todos los ámbitos de nuestra patria. *Por el Señor ha sido hecho esto y es admirable á nuestros ojos.*

Dios, no me canso de repetirlo, Dios es quien conduce aquí á la nación mexicana; Dios quien la advierte de un modo palpable que aquí ó en ninguna parte, será curada del cáncer que devora sus entrañas; será libertada de las cadenas con que intenta arderamente y en son de pacífica conquista, aherrojarla su mortal y poderoso enemigo el coloso del Norte, pues de aquí es de donde mi fe me dice que ha de partir la piedrecilla que desmenuzará sus pies de barro.

Loado sea Dios, señores, eternamente por mi patria; porque si es una verdad que en todo el orbe católico, quiere que su Purísima Madre sea el conducto por donde dispensa sus infinitas misericordias; si es verdad también, que á algunas naciones les ha concedido el especial

patrocinio de la misma Virgen Purísima, bajo las advocaciones de la Virgen de Covadonga, del Pilar, del Rosario, que tantas veces las llevó á la victoria, contra los enemigos de su religion y de su suelo, y les conquistó tantas glorias nacionales; tambien lo es que, á México, de preferencia á toda otra nacion, le ha dado por patrona á la propia Virgen Maria, sí; pero de un modo especialísimo, sin ejemplo, á la Virgen que desciende personalmente del cielo, que habla familiarmente con el más humilde de los mexicanos, y le dice dulcísimas palabras, y le hace magníficas promesas de vida, de proteccion y de salud, y que por fin le deja su propia imagen, estampada con colores celestiales, en ese cuadro divino, que, de hoy más será la más limpia é incomparable presea, la enseña sacrosanta del pueblo mexicano.

De aquí el que al examinar, con la escrupolosa severidad que acostumbra la Santa Sede Apostólica, este singular acontecimiento de la aparicion de Maria de Guadalupe, autorizara á nuestra Iglesia para que cante solemnemente y sinteticé toda la grandeza del hecho guadalupano, en estas brevisimas palabras: "A ninguna otra nacion ha sido hecha tal maravilla." *Non fecit taliter omni nationi.*

¡Qué palabras, señores! Ellas vienen á abrir como con llave de oro y en el momento más oportuno, la parte más importante de mi discurso. En efecto: ved ahí, en esas mismas divinas palabras, satisfecha la pregunta que al llegar á donde yo he llegado, suele hacer la suspicaz razon humana: ¿Dónde están los títulos fehacientes de ese acontecimiento del Tepeyac? Pues el primer título de nuestra creencia y, por lo tanto, de nuestra esperanza sin limites en Maria de Guadalupe, lo tenéis ahí, en ese lema grabado por el dedo de Dios en el glorioso Paladion de la Iglesia mexicana: *Non fecit taliter omni nationi.*

Esas palabras de la Escritura Santa, fueron, en resumen, las que halló más á propósito la Iglesia universal,

"columna y firmamento de la verdad," para fallar definitivamente en la gran causa llevada á su tremendo tribunal, acerca de la aparicion de la Virgen Maria en la Nueva España. La Iglesia de Dios habló por conducto del inmortal Benedicto XIV, y es negocio concluido. *Causa finita est.* Desde entonces todo católico mexicano tiene el derecho y el noble orgullo de levantar muy alto la voz para decir al mundo entero, mostrándole esa santa Imágen: ¡De rodillas ante Maria de Guadalupe de México! *Non fecit taliter omni nationi.*

A los que, por muy lamentable desgracia, han desertado de nuestra bandera y quieren empañar la mayor de nuestras glorias nacionales, yo me permito decirles, más que con justa indignacion, con caridad y compasion cristianas: ¡Sea! no creais en la divinidad de la Iglesia católica; pero creed al ménos en la integridad y honradez de un romano Pontífice de la talla del Sr. Benedicto XIV: no le hareis la injusticia, la ruin injuria, si obrais con lealtad, de decir que ha declarado cierto un hecho, sin serlo, sin constarle, sin examinarlo maduramente, cual cumple á un juez recto, sin pruebas plenísimas, tan claras como la luz meridiana. Y bien, si esto haceis, y no podeis menos que hacerlo como caballeros, confesais, querais ó no, la verdad del hecho de la aparicion de Maria de Guadalupe. Si á pesar de esto, por una consecuencia inconcebible, no lo veis como un hecho milagroso, ni os postrais ante Maria, tanto peor para vosotros. Compadeceemos vuestra ceguedad y vuestro orgullo, y pedimos á Dios y á la Virgen Maria de México, que os alumbrén y sanen.

No lo sé. Quizá no sea fuera de propósito el suplicar á mis hermanos extraviados, me dejen recitarles una página de lo que referí á mis hermanos católicos de Guadalupe, desde el pulpito, cuando volví, hace algunos años, de esta capital, despues de visitar por primera vez este Santuario: "Tengo, señores; les decia, otra prueba de la Aparicion guadalupana; bien que es una prueba no de

racionio sino de sentimiento; no de mi cabeza, sino de mi corazon. ¿Por qué no he de contar lo que sentí al ver la sacrosanta Imágen, cuando no solo yo, sino todos los que la ven con espíritu cristiano sienten lo mismo?..... Yo no sabré expresar con toda exactitud lo que experimenté luego que estuve bajo las bóvedas de la insigne Colegiata.

¿Era mi sentimiento dominante la admiracion que causa aquel templo majestuoso, brillante de plata y oro; aquel santuario donde la arquitectura, la escultura, la pintura y otras artes han consagrado á Dios y á Maria, los más exquisitos primores del ingenio humano? No; otra cosa dominaba mi espíritu: otra cosa indefinible, inexplicable. Yo sentía un delicioso arrobamiento que no he sentido jamás en otra parte. Hay algo allí extraordinario, divino, que ensancha el espíritu, que lo embriaga de emociones inefables, que convierte las horas en minutos y las penas del alma en un bienestar dulcísimo. ¡Oh! y cuando se tiene la dicha incomparable de llegar con cierto pavor ó yo no sé qué, á postrarse ante las gradas del trono de Maria de Guadalupe, la dicha de contemplarla de cerca, muy de cerca, hasta poder posar los labios en sus plantas y regarlas de lágrimas de amor, de ver sin cansarse aquel semblante apacible y aquellos labios que sonrien para el que la mira, se difunde por todo el sér humano una impresion desconocida que lo transforma, que lo levanta de la tierra, para gozar las purísimas alegrías de los cielos. El corazon oye, si puedo decir así, la voz de Maria: el corazon siente que una fuerza sobrehumana lo hace latir de júbilo; y el hombre adquiere una nueva prueba de que la Virgen de Guadalupe es prodigiosamente aparecida, y exclama una y mil veces: "Por el Señor ha sido hecha esta maravilla." "Ahora, Señor, que tu siervo descanse en paz."

Si, señores. Cuando se ve á la Virgen de Guadalupe, se siente, se palpa que es una obra del cielo, porque yo no sé qué luz, qué aureola divina la rodea, no sé qué co-

sa hay en aquel cuadro, que atrae, que encanta, que hace doblar la rodilla y orar."

Eso dije entonces, y ahora agrego: Ved, sí, ved, hermanos míos muy queridos, aunque extraviados, esa prodigiosa Imágen, con buen espíritu, desnudo de preocupaciones, con solo deseos de abrazar la verdad; y así como en nosotros los creyentes, afirma más y más nuestra fe, Ella misma, la santa Imágen, por virtud divina, disipará en vosotros las dudas que os asaltan, os infundirá la fe que os falta; la fe, el mayor consuelo, la única dicha del hombre sobre la tierra. Ved ese nuestro glorioso estandarte, que flamea sobre nuestro suelo hace más de tres siglos, y el cual, aunque de tosca tela y naturalmente propia para reducirse á polvo en brevisimo tiempo, está ahí ileso y eternamente nuevo y radiante, porque no ha salido de ningun taller humano, sino de las manos de Dios: *A sumo coelo Agressio ejus*. Oíd, además, como los grandes maestros de la pintura, declaran que no es posible á ningun pincel de hombre dar esos toques, ni combinar, ni imprimir esos maravillosos colores; y por fin, escuchad otro testimonio que debe ser el más respetable y querido para vosotros: la voz de vuestros padres, la primera que os habló en vuestra niñez de este prodigio, y que todavía ahora pareceme que sale de la tumba, para confundiros é increparos; la voz de las pasadas generaciones, la tradicion, en suma, nunca interrumpida de casi cuatro centurias, que viene legando de padres á hijos, ese riquísimo tesoro, y enseñando y creyendo la verdad de la Aparicion guadalupana, y haciendo resonar, en este mismo santuario y por todo México, perennes himnos de reconocimiento y amor á la Virgen del Tepeyac. Si á pesar de todo, creéis que vuestro dicho aislado, pues aislados estais ante la inmensa mayoría de los mexicanos, vale más que el testimonio de vuestros mayores, que el testimonio de éste y de los pasados siglos, entonces nada más tengo que deciros, sino que Dios se apiade de vosotros.

Vuelvo ahora á departir exclusivamente con mis hermanos católicos, que veo más amantes que nunca de María de Guadalupe, porque me han oído recordar algunos, pues no me es posible enumerarlos todos, algunos de los intachables títulos en que nos fundamos para creer en la aparición de esa Virgen celestial. Y bien, decidme: quien cree en Ella de todas veras, ¿no espera, por consiguiente, en ella, y espera con plenísima confianza, que le otorgará lo que racionalmente le pida? Sin duda alguna. Fuera de que esto es rigurosamente lógico y una verdad católica, viene á confirmarlo la misma palabra de María. Recordémosla: “Y es mi deseo, dijo al venturoso Juan Diego, que se me levante un templo en este sitio, donde mostraré como Madre piadosa tuya y de todos los mexicanos, mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los que me aman y me buscan, y de todos los que solicitan mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones y donde oír sus ruegos y sus lágrimas, para darles consuelo y alivio.”

¿Donde oír sus ruegos y sus lágrimas, para darles consuelo y alivio! ¡Ah, señores! No hay mexicano que no conozca esas palabras, que mil y mil veces se han repetido en este templo y en todo México, del uno al otro confin; y sin embargo, nunca se repetirán, ni ponderarán bastantemente: ayer, hoy y siempre, fueron, son y serán gratas al oído, como un eco de los conciertos celestiales, y caerán siempre sobre el corazón, con sus horas de amargura, de desesperación y de luchas, como un bálsamo divino que cura indefectiblemente toda dolencia y calma toda humana borrasca.

Pero aun hay más, hermanos míos. La Iglesia, alumbrada por el Espíritu Santo, pone en boca de María de Guadalupe las siguientes bellísimas frases de la Santa Escritura, en las que, cosa verdaderamente asombrosa, se ve como profetizada desde hace muchos siglos, y descrita, rasgo por rasgo, la Virgen de México. Escuchad, os ruego, atentamente. El Criador de todas las cosas me di-

jo: “Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces. Y yo habité en las alturas y mi trono sobre una columna de nube, y me arraigaré en un pueblo á quien he llenado de honores, y en la porción de Dios que es su heredad. Fui enaltecida como el cedro sobre el Líbano y como el ciprés en el monte de Sion. Me he elevado como oliva vistosa en los campos y como plátano en las plazas junto al agua. Yo, como vil, produje frutos de suave olor, y mis flores son frutos de honor y de riqueza. Yo soy la Madre del amor hermoso y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda la esperanza de vida y de virtud. Pasad á mí todos los que me deseais y llenaos de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia más que la miel del panal. Se hará memoria de mí en las generaciones de los siglos. El que me escucha no será confundido y los que obran por mí no pecarán.”

Después de oír esos dulcísimos acentos, que no necesitan para nada de humanos comentarios, ¿qué nos resta sino exponer nuestras más apremiantes necesidades ante el trono de María de Guadalupe, y pedirle, y obligarla? ¿por qué no he de decir así, si es mi Madre, con sus mismas palabras, á que nos dé el consuelo y el alivio que nos tiene prometidos?

Mas ya comprenderéis, señores, que desde esta cátedra, yo no podría manifestar, aunque quisiera, nuestras incontables necesidades privadas: ni tengo tiempo para ello, ni ejerzo aquí sino un ministerio público. Todos vosotros y lo mismo yo, traemos en lo más recóndito del alma, una triste historia que contar, entre suspiros y lágrimas, á nuestra Madre; pero ella le oír en lo particular, teniéndonos sobre su regazo y enjugando el llanto de cada uno de sus hijos.

Limitome, por tanto, haciéndome el eco de mi Arquidiócesis y de la sociedad entera, á exponerle á María, no

todas nuestras necesidades públicas, pues nunca acabaría, sino aquellas que de un modo más vital, afectan nuestro modo de ser social y religioso, y la autonomía é independencia de la patria.

Nuestra patria y vuestra heredad, como Vos misma la llamais, ¡oh Maria de Guadalupe! está sufriendo á causa de nuestros pecados, rudísimos golpes, en lo que es más que su escudo de combate, en lo que es su corazón y su alma y así en donde está todo el secreto de la fuerza y de la vida que le quedan con su unidad religiosa. Bien conocen á México sus enemigos; bien los inspira la serpiente cuya cabeza aplastó un día vuestra planta, Virgen Purísima. No se equivocan al creer que el día en que se rompa por completo este vínculo de la unidad religiosa que hace de todos los mexicanos como un solo hombre, la nacionalidad de México será una cosa fenecida y sus mortales despojos servirán de alimento á la insaciable voracidad de otra nación. "Todo reino dividido entre sí, será destruido," ha dicho la eterna sabiduría.

Con ánimo de abrir brecha en la unidad religiosa, firmísima barrera de la patria, están ahí las mil sectas disidentes del catolicismo, cavando y minando poco á poco, pero con infernal constancia, ese nuestro mejor muro de defensa nacional. Envueltos, además, como ya estamos, en redes de acero por los jurados enemigos de nuestra raza, que día á día adquieren por una escudilla de lentejas nuestras más ricas minas y nuestros más fértiles campos; que día á día arruinan más nuestro comercio y matan nuestra industria y ejercen en todos nuestros asuntos públicos una influencia decisiva; no es aventurado, sino muy natural y lógico el asegurar que ya se acerca á grandes pasos el tiempo, si Vos no lo impedis, Virgen de Guadalupe, en que tendremos que exclamar con el Profeta de las Lamentaciones: "Acuérdate, Señor, de lo que nos ha sucedido: repara y mira nuestro aprobio. Nuestra heredad ha pasado á forasteros: nuestras casas á extraños..... Nuestra agua por dinero la hemos bebido: nues-

tra leña por precio la hemos comprado." *Aquam nostra pecunia bibimus: ligna nostra pretio comparavimus.*

Es decir, ¡qué seremos extranjeros en nuestra propia tierra, y que no seremos dueños ni de las cenizas de nuestros antepasados! No, no, celestial Protectora de nuestro suelo. Vos misma habeis dicho que en Vos tengamos toda esperanza de vida: *In mi omnis spes vita;* y puesto que se trata, no de una conquista franca como en los antiguos tiempos, á sangre y fuego, en cuyo caso sólo tendrían nuestros guerreros que venir aquí, á nuestro país, á templar su valor y sus armas, y á triunfar ó morir como héroes, defendiendo con su pecho estos sacrosantos muros; sino lo que es peor, de una conquista pacífica y por los medios y asechanzas más alevosas, por medio de la división de los ánimos, la compra de las conciencias y la propagación del protestantismo; sólo en Vos esperamos nuestra salvación, porque sólo vos podeis deshacer todas las pérdidas tramas de nuestros astutos enemigos; sólo Vos "que habeis extirpado todas las herejías que han aparecido en el mundo," como canta la Iglesia: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo,* extirparéis como os lo rogamos fervientemente, no sólo como católicos, sino como buenos mexicanos, porque entre nosotros la Religión y la patria han venido á identificarnos bajo muchos respetos; sólo Vos, Señora, extirparéis el error protestante y todos los modernos errores que conspiran, lo mismo que aquel, haciéndose quizás conscientemente sus aliados, á destruir la unidad religiosa, que, como queda demostrado, es el único poderosísimo resorte que mantiene en pie á nuestra infortunada nación.

Si, aliadas son de la propaganda protestante, esas escuelas libre-cultistas ó libre-pensadoras; toda vez que, despues de proclamar el más monstruoso de los absurdos, la indiferencia en religion, ó lo que es lo mismo, la indiferencia entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el sí y el no, se unen en antipatriótico consorcio con la escuela protestante, en su odio á la reli-

gion de México y en su rebelion contra la autoridad, principalmente la de la Iglesia católica, á quien coartan su libertad de accion y cercenan ó niegan sus más naturales é imprescriptibles derechos, y calumnian y befan todo con la mira de descatolizar, y por lo mismo de dividir á los mexicanos, cuando más importa que se conserve entera la unidad religiosa, la fe de nuestros padres, único vínculo, única gloria, única fuerza que nos queda, único baluarte en que se estrellará siempre todo poder de extraño euemigo, por fuerte que sea.

Ahí está para testificar todo lo que vale la fe religiosa, la historia de todos los países, y sobre todo la de la que fué nuestra madre patria; la historia que declara agradecida, que cuanto hubo de más grande y heróico en la hidalga nacion española, quanto causó el asombro del mundo y le dió un Nuevo Mundo, fué debido á su fe y á su unidad religiosas.

Unidnos, pues, más y más, ¡oh Virgen de Guadalupe! con la indisoluble, indestructible lazada de vuestro amor, de vuestros cultos, de la Religion divina, que Vos misma trajisteis á esta tierra de vuestra singular predileccion. Con el mismo fervor que os pedimos el exterminio de las herejias y del error, os pedimos, y aún con más fervor, si cabe, la conversion de los extraviados nacionales ó extrangeros: hermanos nuestros son, en todo caso, y Jesucristo, el Buen Pastor, nos ha enseñado á amarlos y á sentir el mayor regocijo cuando vuelven á nuestras tiendas, al seno de la verdadera Iglesia.

Haced, ¡oh tierna Madre! que ningun mexicano permanezca indiferente á este movimiento religioso guadalupano, eminentemente patriótico; pues él es un fecundo principio de regeneracion social, de donde fluirá natural y espontáneamente, la del todo necesaria enmienda de tantos desastrosos yerros públicos como se han cometido, de tantas aberraciones como han orillado á la muerte á esta dasgraciada quanto cara patria; y de donde fluirá,

asimismo, la paz pública, de todo punto necesaria para el verdadero progreso y engrandecimiento de los pueblos, no ésta efimera paz de los sepuleros, sino la que proviene de la conciencia de nuestro propio valer, y que tenga por sólida base la union y la armonia de unas mismas creencias y de unas mismas aspiraciones, en todos y cada uno de los individuos de la gran familia mexicana.

Mas lo que entraña, sobre todo, como elemento esencial de nuestra regeneracion, lo que entraña este movimiento religioso en la conversion sincera hácia Vos ¡oh Madre de los mexicanos! es la radical reforma de las costumbres que es la más imperiosa de nuestras necesidades. ¡Ah! no es posible acercarse á Vos, arrodillarse á vuestros piés, y proclamaros reina de nuestras almas, sin que éstas para ser dignas de Vos sientan al punto el estrechísimo deber de purificaros por la penitencia. ¿Quién se atreveria á llamarse verdadero devoto vuestro, si ante todo no lavara sus manchas á los piés de Jesucristo, en la saludable piscina de la confesion sacramental por El mismo establecida? Por eso, es evidente que si nuestra nacion se os consagra por completo, como lo ha jurado solemnemente, su amor cada día más grande y ardiente hácia Vos curará por fuerza esa espantosa lepra de los vicios, que bajo sus más asquerosas formas está á la vista de todos y carcome horriblemente en estos momentos, como nunca, el cuerpo social, y abate y envilece los caracteres y mata todo espíritu público, señales indefectiblemente precursoras de la disolucion de las naciones como lo sabe todo el que ha saludado siquiera la historia.

¡Benedicid, pues, ¡oh Señora! la nueva éra de regeneracion que ha comenzado para México, y pronto contarémos ópimos, abundantes frutos; haced que florezcan por todas partes las sencillas y santas costumbres de nuestros padres; que brillen aquí y allí, y por doquiera, las excelsas virtudes cristianas, á fin de que este pueblo mexicano, que es el vuestro por especial amor, recobre la viri-

lidad y el vigor incontrastables que tanto necesita, para que pueda así, teniéndoos siempre á Vos por caudillo, poner un día, muy alto ante el mundo, el nombre de la patria, y franquear después, abiertas por vuestra propia mano, las puertas de otra patria mejor, la de nuestro Padre que está en los cielos.—*Fiat, Fiat.*

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

QUE PREDICO EL 14 DE DICIEMBRE DE 1856
EN EL SANTUARIO DE GUADALUPE DE GUADALAJARA
EL SEÑOR CURA DEL SACRARIO

LIC. DON JESUS ORTIZ

*Et apertum est templum Dei in celo,
et visa est Arca testamenti ejus in tem-
plo ejus.*

Entonces se abrió el templo de Dios en el cielo, y el arca de la alianza fué vista en su templo.

Apoc., cap. XI, v. 19.

Hay en la vida de los pueblos épocas en que se siente más que nunca la necesidad de contar con el pasado, especie de profeta del género humano, que derrama luz sobre el presente y sobre el porvenir, que descubre las relaciones íntimas y misteriosas de todas las generaciones; y que señala con exactitud el origen de donde vienen y el fin único y central á donde todas van.

México tiene precisión hoy de escuchar el Evangelio; de percibir claramente las pulsaciones y tendencias del gran corazón de la humanidad; de hacer, por decirlo así, un exámen de conciencia nacional; y de seguir fielmente